

Alberto Edwards, Política y Ficción de Comienzos de Siglo

• Conocido más que nada por sus estudios políticos, este escritor chileno incursionó en el campo de la ficción. Si no tuvo mayor participación en el mundo literario fue por su vocación política que le significó ser considerado "el último pelucón" en 1913.

Revisando las páginas de la historia política y literaria de Chile de comienzos de siglo cualquier persona observadora dará pronto con un nombre singular que se repite en ambas esferas. Se trata de Alberto Edwards, abogado, periodista, diputado, varias veces ministro, apasionado por la geografía y la historia además de experto en asuntos financieros. Hasta ahora ha sido conocido más que nada como un autor de obras políticas como "La Frontera Aristocrática", "Bosquejo Histórico de los Partidos Políticos Chilenos" o "La Organización Política en Chile".

Sin embargo Alberto Edwards (1873-1932) bautizado como E.U.P. (El Último Pelucón) por don Carlos Silva Valdóola de "El Mercurio", cuando él le envió algunos artículos aparte de sus escritos políticos, donde se inclina claramente hacia la opción conservadora de la época, aparte de eso, Alberto Edwards tuvo una imaginación desbordante que le indujo al género de la ficción. De esa faceta es lo que se sabe muy poco, aun cuando el escritor en sus cuentos incursionó en temas que van desde la política ficción hasta la leyenda, pasando por el género policial, de aventuras y uno que otro relato absurdo como "En el País de la Leyenda", ambientada en la exótica y entonces inexplorada isla de Borneo, donde un chileno se interna en busca de aventuras y se entera de que en medio de la selva hay un misterioso reino de mito que tiene por origen legendario un país llamado Chile. Finalmente resulta que hasta allí ha llegado ya otro chileno pat'e pe-



Alberto Edwards

rrero y se ha hecho nombrar rey gobernando como monarca absoluto: "Su Majestad Arbolino II me recibió en audiencia privada", relata cuando se encuentra con el roto chileno. Tras ceremoniosos saludos de parte del recién llegado, el exótico monarca le contesta: "Déjate de floreos... si habías venido, tanto peor para vos... aquí no entendimos de futres, ni los queremos pa naa. Aquí mandó yo... y agradece si no te corto la cabeza"...

Pero donde la formación política de Alberto Edwards se combina en mejor forma con su imaginación es en la figura de "Julio Téllez", "especie de Napoleón chileno", según sentencia el escritor Manuel Rojas. Téllez es un oscuro hombre de Chiloé, que hizo fortuna a partir de unos dudosos pergaminos de propiedad que consiguió legalizar en Santiago. Una vez en su tierra este hombre ha entrado en el negocio mercante. Paralelamente se ha metido en la política y es diputado por Castro y Quinchao. Sin embargo el po-

der real que maneja es muy superior a lo que parece ya que cuando se dicta la ley de protección a la Marina Mercante, Téllez acaba de adquirir la Compañía Sud Americana de Vapores...

Por otro lado este cuento está ambientado en un año 1925 en el cual existe una "Confederación del Pacífico", en que participan todos los países latinoamericanos de este océano y que tiene capital en Tacna. Y en ese hipotético mundo (que Edwards imaginó en 1913), el conflicto mundial más importante en el litigio por el canal de Panamá. Pues bien, en ese litigio es la Confederación del Pacífico la que toma la iniciativa ocupando las tropas chilenas la zona del canal y expulsando a los norteamericanos. Y tras todas esas movidas de estrategia está la oscura mano del diputado por Castro y Quinchao. Más tarde, cuando prepara su contraataque, vemos a Julio Téllez viajando en aeroplano por sobre el atlántico para encontrarse con el Primer Lord del Almirantazgo británico y con el Emperador Guillermo de Alemania para proponerles una alianza -que se ven obligados a aceptar muy a desgana- con la Confederación del Pacífico. El exótico y superior personaje no se queda allí sin embargo. A la vuelta de Europa en vez de regresar a Chile, parte directo a Washington, todo en aeroplano. Allí se introduce nadie sabe cómo en la Casa Blanca y llega al despacho de Mr. Robinson, Secretario de Estado. En ese lugar da otra vez curso a su inusual labia y comunica a Mr. R. que la Confederación está aliada con Inglaterra y

flotas están en camino de reunirse con las fuerzas sudamericanas que han partido de Callao y otros lugares (el canal ya es sudamericano a esas alturas) de modo que el increíble diputado por Castro y Quinchao consigue un armisticio bajo la premisa de una administración conjunta del famoso canal además de un proyecto para la construcción de otro más al sur, como vía alternativa...

Según el escritor Manuel Rojas, uno de sus prologuistas, Alberto Edwards tuvo con sus cuentos de ficción, los que publicaba en la revista "Pacífico Magazine" (bajo seudónimos), la "secreta intención de escapar a la vida política sudamericana y a la imagen que tenía de la vida chilena. Tal vez ese anhelo de al menos superar las condiciones de su época contribuyó a hacer de los cuentos de Alberto Edwards algo singular dentro de la cuentística chilena, no en el sentido del estilo, de que carece, sino en el sentido de la acción, una acción casi cinematográfica, de asombrosa rapidez. En 1913 sus aviones vuelan casi con la misma velocidad que lo harán cuarenta años después; sus jefes políticos no tienen fronteras y los sedentarios empleados particulares se trasladan de Valparaíso a la India, a través del mundo, con una desenvoltura inigualada".

"ALBERTO EDWARDS, CUENTOS FANTÁSTICOS", Selección de Manuel Rojas, Biblioteca Cultural, editorial Zig-Zag, Santiago de Chile, 1957.

Ignacio Iñiguez